

PONENCIA PRESENTADA EN EL «ENCUENTRO INTERNACIONAL DE FORMACIÓN AUDIOVISUAL» EL 23 DE MAYO DE 2013, EN LA CIUDAD DE MÉRIDA, VENEZUELA.

La formación audiovisual crea identidad

LA CONVENCIÓN SOBRE LOS DERECHOS DEL NIÑO ATRIBUYE A LOS NIÑOS UN CONJUNTO DE DERECHOS DE PROVISIÓN, PROTECCIÓN Y PARTICIPACIÓN, DERECHOS QUE ES NECESARIO PROMOVER Y CONSOLIDAR



Carlos Gil

Fundador y presidente de la Filmoteca
Mar del Plata, Argentina
filmotecamp@gmail.com

Mi nombre es Carlos Gil y vengo de una tierra que está muy al sur de América del sur. Tan al sur que es dónde comienza el mundo. Mar del Plata, mi ciudad, es tan bella como la luna llena de verano reflejada sobre el mar. Tenemos cincuenta kilómetros de costa sobre el océano Atlántico sur, donde el cielo y el agua son enormes y las personas pequeñas ante tal inmensidad. Millones de estrellas, serenas y bellas, iluminan nuestros sueños. Todo eso nos da una visión del mundo diferente a la que tienen nuestros hermanos del norte del planeta. Soy sureño, oceánico y latinoamericano.

Buscando información para desarrollar esta ponencia acudí a los recuerdos de mi propia infancia. Hurgué en mi mente buscando que imágenes y que sensaciones venían desde mi propia formación audiovisual. Nací a mediados del siglo XX, si, hace muchos años ya. En confianza les haré una confesión. Aunque no lo crean, yo también fui un niño. Afortunadamente un niño feliz. Pero en aquel entonces el mundo era muy distinto, tan distinto, que recibíamos el audio por un lado y lo visual por otro

El audio llegaba por la radio, desde la tarde hasta la hora de dormir escuchábamos la radio. Un viejo re-

ceptor, aquellos de madera con dos perillas grandes, una para el volumen y otra para sintonizar las estaciones. Así desde muy niño aprendí a amar el tango, que era la música que se oía en mi casa. Las mujeres de la familia eran adictas a las radionovelas y amaban u odiaban a los personajes según el rol que desempeñaban. Lo mejor, era que la familia entera se reunía frente a la radio. La abuela, mis tías y tíos, mi madre y yo.

Lo visual llegaba por unas pocas revistas y por los dibujos de mi tío Alberto. Así como lo tuvo Joan Manuel Serrat, yo también tuve un tío Alberto. Era un gran artista, escribía y dibujaba historias para mí. Como era un solterón y yo su único sobrino, me dedicaba mucho tiempo. Me leyó todos los cuentos y le ponía el énfasis y el tono de voz apropiado a cada personaje, y si los cuentos no traían imágenes, él me las dibujaba mientras relataba. Y yo, un niño de 5 o 6 años, montaba a la grupa de las alas de mi tío y mi imaginación volaba con él.

Solo tengo que cerrar los ojos, y desde algún lugar de mi alma, llegan los ecos de aquellos sonidos radiales y las inolvidables y dulces imágenes de los cuentos de mi tío. Sin duda todo ello influyó en mi formación y mi placer por crear y contar historias.

La televisión recién comenzó a desarrollarse en Ar-

gentina a partir de los años sesenta, pero no todos tenían aparatos receptores en nuestras casas. Con los chicos de mi barrio, y el permiso de nuestras madres, íbamos hasta la mueblería, cuyo dueño ponía una TV encendida del lado de adentro de su vidriera y un parlante en la calle. Sentados en ronda en la vereda veíamos uno o dos programas. Ese fue mi primer contacto con un medio audiovisual, pero no fue muy intenso porque si llovía o hacía frío no nos dejaban ir.

A los ocho o nueve años, para mi dicha y fortuna descubrí el cine. Fue amor a primera vista. Tenía una sala a una cuadra y otra a solo dos calles. Ir al cine «Paramount» -que aún hoy existe y no se convirtió en templo evangélico- era como ir a mi otra casa. Proyectaban el «continuado», pagabas una entrada y veías tres películas y el noticiero. ¡Me deslumbraba! La gigantesca pantalla, el sonido potente. Ese contacto tan intenso con un medio audiovisual influyó notoriamente en mi formación, no solo audiovisual sino en mi amor eterno por el arte y la cultura. Las historias que contaban las películas no tenían nada que ver con mi vida cotidiana. Indios contra vaqueros, piratas contra armadas, batallas épicas de la segunda guerra mundial. Todo se sintetizaba en la lucha de los buenos contra los malos. Como antes lo hacían mis tías, tomábamos partido por unos u otros y odiábamos a los traidores. Cada vez que el general Custer con el séptimo de caballería masacraba a los Sioux, me ponía del lado de los indios, aunque siempre perdían. Tal vez aquello fue madurando mi aversión hacia cierto país de América del norte.

En el cine era feliz, estaban mis amigos y después llegaba mi familia con comida y bebidas. Era una fiesta compartida. Como no se había inventado la refrigeración, aquel viejo cine tenía una ventaja adicional. En las calurosas noches de verano descorrían el techo. Créanme amigos, era maravilloso. En la pantalla las estrellas de las películas y en el cielo las del firmamento. Guardo esa imagen en un rincón privilegiado de mis recuerdos.

Mi querido «Paramount» fue como una escuela. La primera vez que vi morir a alguien fue en el cine. Vi morir a una mujer. Vi el primer beso de amor. Vi individuos que cuando parecían haberlo perdido todo, sacaban fuerzas de alguna parte y cometían acciones valerosas. Descubrí que había héroes y villanos. Sin comprender el porque, cuando vi a Rita Hayworth en «Gilda» se me aceleraba el corazón. Aprendí historia universal. Supe que había un rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda. Vi romanos, griegos y egipcios. Supe que Luis XIV se portaba mal y tuvo noticias de la revolución francesa. Aprendí de geografía y sabía donde quedaban los ríos Nilo y Mississippi. Conocí París y New York. Y todo sin moverme de mi butaca del cine.

La influencia formativa que tenía un poderoso medio audiovisual fue muy significativa en mi vida y en mi propia identidad. Solo que en aquel entonces no tenía capacidad intelectual para discernir quien emitía el mensaje, ni cuál era el concepto moral subyacente en los guiones. Me faltaba desarrollar la capacidad de análisis crítico de lo que veía. Es entonces que a partir de rescatar mi experiencia personal puedo entrar en tema de una manera más general.

La influencia formativa que tenía el cine, un poderoso medio audiovisual fue muy significativa en mi vida y en mi propia identidad

Infancia y medios

¿Qué es la infancia? Según distintos teóricos, es el período que va desde el nacimiento hasta alrededor de los doce años, o el comienzo de la pubertad. Hablamos de primera infancia antes de la escolaridad y de segunda infancia a partir de esta. Sin embargo, el concepto de niñez va cambiando a lo largo del tiempo y sus características no son inmutables, dependen de factores históricos, políticos y culturales. Por ejemplo, en la sociedad medieval la idea de infancia no



■ Cada vez que el general Custer con el séptimo de caballería masacraba a los Sioux, me ponía del lado de los indios, aunque siempre perdían

existía. Veían a los niños como adultos pequeños, al extremo que si cometían un delito eran ahorcados o guillotinos igual que los mayores.

En las sociedades modernas, comienza a configurarse un nuevo espacio para el niño dentro de la familia y de la sociedad en general. La infancia comienza a considerarse como una etapa de larga duración que requiere de atención, cuidados y formación especiales. En la segunda mitad del siglo pasado se afianza un esquema del que los chicos tomaban sus conocimientos: familia, escuela, iglesia y clubes deportivos. Recuerdo que, en la iglesia de mi barrio, además de ofrecer la catequesis, tenían la clara intención de evitar que los chicos estuviéramos en las calles sin rumbo. Así entonces había grupos de teatro, música y baile. Incluso escuelas de oficios, cada uno de los niños y niñas elegía su actividad favorita y a eso nos dedicábamos. Yo me fui al grupo de teatro y de más grandecito al cineclub.

El primer gran cambio para la construcción de identidad de los chicos se da cuando «el mercado» los considera «consumidores»

Luego el mundo comienza a cambiar y aparecen nuevos actores sociales en la formación de niños y jóvenes. El primer gran cambio para la construcción de identidad de nuestros chicos, se produce cuando «el mercado» comienza a considerarlos como «consumidores». Pero el discurso comercial que incita a satisfacer en forma inmediata el deseo de obtener «cosas», soslaya por completo las profundas diferencias de condiciones y oportunidades. Tanto en mi país como en toda nuestra América latina y el Caribe, se producen grandes contrastes y, por eso, encontramos distintos modos de vivir la infancia. Así damos cuenta de la existencia de múltiples infancias según las experiencias de vida, regiones, políticas y condiciones medio ambientales.

En la actualidad el incesante desarrollo de los me-

dios de comunicación masivos y la fenomenal expansión de tecnologías digitales, Internet y redes sociales ocupan un lugar preponderante en la vida de niños y jóvenes. Lo que no hace más que aumentar los contrastes en el acceso a esos bienes de consumo. Estos entornos tecnológicos configuran su manera de ser y de estar en el mundo.

Los chicos del siglo XXI nacieron con la tecnología al alcance de sus manos y se valen de ella con mucha habilidad. Tienen acceso a una multiplicidad de pantallas: televisión, computadoras, cine, teléfonos celulares, tabletas, notebooks, video juegos. Las omnipresentes redes sociales generan en ellos, una gran facilidad para relacionar, asociar y comparar con mayor rapidez, inmediatez y fragmentación. WhatsApp les exige una respuesta veloz y estar siempre «en línea» y disponible para sus contactos. Esto los hace desarrollar habilidades específicas, respetar sus propios códigos y adaptarse a los distintos géneros o lenguajes apropiados y aquí se produce un nuevo gran cambio. Porque ahora además de consumidores también son productores. Pueden publicar, editar, reproducir y crear videos, música, canciones y contenidos web y compartir todo con sus amigos que les responderán inmediatamente. Estas particularidades les otorgan a los niños de hoy nuevas capacidades y nuevos desafíos. Internet revolucionó por completo el modo de relacionarse con los demás y, a la vez, genera brechas entre jóvenes y adultos.

Pero no todos los chicos de Latinoamérica experimentan estos fenómenos de la misma forma, ni con la misma intensidad o frecuencia. Para muchos son prácticas cotidianas, de las que participan activamente. Para otros —chicos y chicas de zonas rurales o marginales, provenientes de familias con escasos o nulos recursos económicos— la interacción con tecnologías digitales es más ajena, más distante.

Ahora los invito a reflexionar sobre los adultos.



■ Tienen acceso a una multiplicidad de pantallas: televisión, computadoras, cine, teléfonos celulares, tabletas, notebooks, video juegos

Lo mismo que me sucedía con el cine en mi infancia, le pasa a los niños y jóvenes de la era digital. Reciben una enorme cantidad de información, pero carecen de un criterio crítico para filtrar aquello que puede resultar nocivo para su formación. Antiguamente la maestra era nuestra «segunda mamá», ella era la autoridad, sabía más que nosotros y debíamos recibir los conocimientos que nos transmitía. Hoy en día, los alumnos en general, saben mucho más de tecnología y redes que sus maestros en el aula y que sus padres en sus casas. ¿Y ahora? ¿Qué hacemos? ¿Cómo nos adaptamos a estos cambios?

Como siempre lo hicimos: amando, dialogando, compartiendo y... respetando a nuestros hijos. No debemos entrar en competencia con ellos, intentando superarlos en conocimientos digitales. Los adultos debemos proteger y orientar a nuestros chicos. ¿Cómo resiste una mamá cuando su niña le pide quedarse hasta tarde porque debe chatear hasta la medianoche? «Es que tengo que hablar cosas muy importantes con mi mejor amiga mami», «Fulanita y menganita lo hacen, ¿porque yo no puedo?»

He consultado con especialistas y sugieren enfoques interesantes. Un no rotundo produciría una tensión latente entre padres e hijos, por un lado, y por otro un aislamiento social con sus compañeros. Una solución posible para menores de doce años, papá o mamá pueden estar entre sus contactos para monitorear los contenidos o instalar una aplicación que notifica lo que reciben sus hijos en sus redes. Proponer determinados horarios para usar Internet según los rendimientos escolares y, sobre todo, hablar claramente sobre los peligros que acechan en las redes.

Distintas formas de vivir la infancia

Quiero plantear el tema de los contrastes entre las diferentes maneras de vivir la infancia en nuestra «patria grande» y común a todos nosotros, América latina.

La Argentina ha propuesto diversos modelos intentando suavizar las diferencias de acceso a la era digital. El primero fue «conectar igualdad» –luego copiado por otros países– se entregaron más de cuatro millones de computadores personales, notebooks, a alumnos de nivel primario y secundario y a docentes, acompañados por un desarrollo de contenidos y planes de capacitación. De un extremo al otro de nuestro extenso país se intenta que nuestros chicos tengan la misma posibilidad de acceso a entornos digitales. Además, se instalaron antenas satelitales y equipos alimentados con pantallas solares en ámbitos rurales o espacios alejados de centros urbanos facilitando la conectividad a banda ancha.

También resulta interesante destacar una herramienta muy valiosa: la televisión digital abierta,

que proyecta 23 canales independientes de las televisiones privadas. El estado es el proveedor de antenas y decodificadores para personas e instituciones y la señal puede ser tomada por las operadoras de cable. Dos experiencias muy exitosas e innovadoras son los canales de televisión «Paka Paka» y «Encuentro» creados por el ministerio de educación. Eso sí es de avanzada.

El canal «Encuentro» fue presentado en el 2007 y emite su señal en la televisión abierta, pública y gratuita. Su programación se caracteriza por ofrecer conocimientos de campos educativos, científicos y culturales.

Paka Paka es un canal de televisión abierta argentino dirigido a un público infantil de dos a diez años lanzado en septiembre de 2010. La señal se distribuye a través de nuestro satélite Arsat-1. La propuesta se basa en ofrecer contenidos de alta calidad orientados a educar y entretener con producción realizada por argentinos para argentinos. Paka Paka fue el primer canal infantil, público y educativo de América latina. Una vez al año se convoca a pequeñas productoras independientes y se seleccionan los programas propuestos.

Paka Paka es un canal que pretende aproximarse a los entornos digitales infantiles asociados a cada franja de edades y sus juegos, pensar sobre el lenguaje audiovisual, los consumos culturales, el hogar, la escuela y la niñez. La televisión sigue ocupando un lugar sustancial en la vida de muchos jóvenes y adultos. A través de ella, la información, el entretenimiento y la cultura encuentran una puerta de entrada a cada hogar, desde allí se propone crear una comunidad extensa, compleja y diversa. La TV habita conversaciones, opiniones, juegos, aspiraciones, modos de vestir, de moverse o de hablar de chicas y chicos. Cimenta intereses, preguntas, preocupaciones, soluciones, gustos y preferencias. De allí la importancia de un canal estatal que garantice el acceso a los niños y jóvenes de la Argentina a contenidos de calidad, multiculturales, respetuosos de sus intereses y de sus capacidades.

En definitiva, todos estos elementos: televisión, internet, redes influyen directamente en la formación y creación de identidad de nuestros chicos latinoamericanos y caribeños, y por supuesto como base fundamental de todo, la familia. Y, por último, para finalizar –y este es tema para otra charla– debemos considerar a los niños y jóvenes como “ciudadanos” con derechos y obligaciones. Nosotros los adultos debemos fomentar la educación y la cultura para ayudarlos a crear un futuro mejor.

Gracias por la paciencia.

